

no es esplicaros el orden de los tiempos, no obstante que sea absolutamente necesario para enlazar todas las historias, y mostraros la relacion que tienen entre sí. Os he dicho que mi principal objeto era haceros considerar en el orden de los tiempos la *sucesion del pueblo de Dios* y la de *los grandes imperios*.

Estas dos cosas caminan á la par en el gran movimiento de los siglos, en donde tienen por decirlo así un mismo curso; pero es de necesidad, para comprenderlas bien, separarlas algunas veces una de otra, y considerar particularmente todo lo que respecta á cada una de por sí.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

LA SUCESION DE LA RELIGION.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la creacion y de los primeros tiempos.

LA religion y la sucesion del pueblo de Dios, consideradas de esta manera son el mas grande y el mas útil de cuantos objetos pueden proponerse á los hombres. Efectivamente, es una cosa bella y grande presentarse á la vista los diferentes estados del pueblo de Dios, ora sea bajo la ley de la naturaleza y de los patriarcas; ora bajo Moises ó bajo la ley escrita; ya bajo David ó los profetas; ya desde la vuelta del cautiverio hasta Jesucristo; ya, en fin, bajo el tiempo del mismo Jesucristo, es decir, bajo la ley de gracia y bajo el Evangelio; ya en los siglos en que se ha esperado al Mesías y en los que se presentó; en aquellos en que el culto de Dios estuvo reducido á un solo pueblo; en aquellos en que, conforme á las antiguas profecías, fue difundido por toda la tierra; y en aquellos en fin en que los hombres, todavía débiles y toscos, tuvieron necesidad de ser sostenidos por las recompensas y los castigos temporales, y en aquellos en que los

fieles, ya mejor instruidos, debian solo vivir por la fé, apegados á los bienes eternos, y sufriendo con resignacion, con la esperanza de poseerlos, todos los males que podian ejercitar su paciencia.

Seguramente, nada puede concebirse que sea mas digno de Dios que elegirse primeramente un pueblo que fuese un ejemplo ó dechado palpable de su eterna providencia; un pueblo cuya buena ó mala suerte dependiese de la piedad, y cuyo estado diese un vivo testimonio de la sabiduría y de la justicia del que le gobernaba. Es por donde Dios comenzó su obra, y lo que precisamente ha hecho ver en el pueblo judío. Pero despues de haber establecido por tantas pruebas sensibles este fundamento inmutable, que él solo conduce á su voluntad todos los acontecimientos de la vida presente, era ya tiempo de elevar á los hombres á una mas alta region, donde se les inspirasen mas sublimes pensamientos, y de enviar á Jesucristo, á quien estaba reservado descubrir al nuevo pueblo, formado de todos los pueblos del mundo, los secretos de la vida futura.

Podreis seguir facilmente la historia de estos dos pueblos, y observar cómo Jesucristo forma la union del uno y del otro, pues que, ó esperado, ó llegado, ha sido en todos los tiempos el consuelo y la esperanza de los hijos de Dios.

He aqui pues la religion siempre uniforme, ó mas bien siempre la misma desde el origen del mundo: siempre se ha reconocido en ella al mismo Dios como autor, y al mismo Jesucristo como salvador del género humano.

De esta manera verá V. A. que nada hay mas antiguo entre los hombres que la religion que por dicha profesamos, y que no sin razon ni fundamento vuestros antepasados han hecho consistir su mayor gloria en constituirse sus protectores.

¿Qué mayor testimonio de su verdad que ver que, en los tiempos en que las historias profanas nada tienen que contarnos mas que fábulas, ó cuando mas hechos confusos y semi-olvidados, la Escritura, es decir, el libro mas antiguo sin contestacion que existe en el mundo, nos conduzca por tantos acaecimientos precisos y por la serie misma de las cosas á su verdadero principio, esto es, á Dios, que todo lo ha hecho, y nos marque tan distintamente la creacion del universo, la del hombre en particular, la felicidad de su primer estado, las causas de sus miserias y de sus debilidades, la corrupcion del mundo y el diluvio, el origen de las artes y el de las naciones, el repartimiento y la distribucion de las tierras, y en fin, la propagacion del género humano; con otros hechos de la misma importancia, de que solo hablan las historias huma-

nas con confusion, obligándonos á buscar en manantiales más puros y ciertos lo que ellas no nos aclaran?

¿Qué mayor prueba que cuando la antigüedad de la religion le da tanta autoridad, su sucesion no interrumpida y sin alteracion durante tantos siglos, y á pesar de tantos obstáculos como han sobrevenido, hacer ver manifiestamente que la mano de Dios la sostiene?

¿Qué de más maravilloso que verla siempre subsistente sobre los mismos fundamentos desde el principio del mundo, sin que ni la idolatría ni la impiedad que la han asediado por todas partes, ni los tiranos que la han perseguido, ni los hereges ni los infieles que han intentado corromperla, ni los cobardes que la han abandonado, ni sus indignos sectarios que la han deshonrado con sus crímenes, ni, en fin, la multitud de años transcurridos, que solos bastan para acabar con todas las cosas humanas, hayan sido jamás capaces, no digo de estinguirla, sino ni aun de alterarla en un ápice? Si por otra parte nos paramos á considerar qué idea nos da esta religion, cuya antigüedad veneramos, de su objeto, es decir del primer sér, habremos de confesar que es superior y escede á todos los pensamientos humanos, y por tanto digna de ser mirada como descendiente del cielo y del Dios que reina en él y en la tierra.

El Dios á quien siempre han servido los hebreos y los cristianos no tiene nada de comun con las divinidades, llenas de imperfecciones y aun de vicios, que el resto del mundo adoraba. Nuestro Dios es uno, infinito, perfecto, el solo digno de vengar los crímenes y de premiar la virtud, porque solo él es la santidad misma.

Es infinitamente superior á aquella causa primera y á aquel primer motor que los filósofos han conocido sin haberle adorado sin embargo. Los que de entre estos filósofos han ido más lejos nos han propuesto un Dios, que, encontrando una materia eterna y existente por sí misma, así como él, la ha puesto en obra y la ha amoldado como un artesano vulgar, obligado á obrar y á dar forma á esta materia según su predisposicion, que él no ha creado ni formado; sin poder comprender jamás que si la materia existe por sí misma, no ha debido aguardar su perfeccion de una mano estraña, y que si Dios es infinito y perfecto, no ha tenido necesidad para hacer todo cuanto le agradara más que de sí mismo y de su voluntad omnipotente. Pero el Dios de nuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de quien Moises nos ha descrito las maravillas, no tan solo ha ordenado el mundo, sino que le ha creado todo entero en su materia y en su forma. Antes de haberle dado el ser, nada existia más

que él solo. Nos es representado como el que todo lo hace, y lo hace todo por solo el influjo de su palabra; tanto á causa de que todo lo hace por razon, como á causa de que nada le cuesta trabajo, y que para hacer tan grandes y prodigiosas obras solo le cuesta proferir una sola palabra, es decir, que únicamente le basta quererlo.

Y para seguir la historia de la creacion, ya que la hemos comenzado, Moises nos ha enseñado que este poderoso arquitecto, á quien hacer las cosas cuéstale tan poco, ha querido hacerlas en diferentes actos, y crear el universo en seis dias, para mostrar que él no obra con una necesidad ó por una impetuosidad ciega, como se lo han imaginado algunos filósofos. El sol espide de un solo golpe y sin detenerse todos los destellos de su luz: pero Dios que obra por inteligencia y con una soberana libertad, aplica su virtud á donde le place, y en el grado que le place; y como creando el mundo por su palabra manifiesta que nada le cuesta, creándole en diferentes actos nos demuestra que es el dueño de su materia, de su accion, de toda su empresa, y que no tiene, al obrar, otra regla que su voluntad siempre recta por sí misma.

Esta conducta de Dios hácenos ver tambien que todo sale inmediatamente de su mano. Los pueblos y los filósofos que han creído que la

tierra mezclada con el agua, y ayudada, si se quiere, del calor del sol, habia producido por sí misma, por su propia fecundidad, las plantas y los animales, se han engañado muy torpemente. La Escritura nos ha hecho ver que los elementos son estériles si la palabra de Dios no los fecunda. Ni la tierra, ni el agua, ni el aire hubieran jamas producido las plantas ni los animales que vemos, si Dios, que habia hecho y preparado su materia, no la hubiera tambien formado por su voluntad omnipotente, y no hubiese dado á cada cosa las semillas propias para multiplicarse en todos los siglos.

Los que ven nacer y crecer las plantas fomentadas por el calor del sol, podrán quiza creer que este sea su criador, pero la Escritura nos presenta la tierra salida de la mano del Criador cubierta de yerbas y de toda especie de plantas antes que el sol hubiese sido criado, á fin de que concibamos que todo depende de Dios solo.

Plugo á este gran arquitecto del universo crear la luz antes de darla la forma que le ha dado en el sol y en los astros, porque queria hacernos entender que estos grandes y magníficos luminares, que se nos han querido hacer pasar por divinidades, no tenian en sí mismos ni la materia preciosa y luminosa de que se hallan compuestos, ni la forma admirable á que les vemos reducidos.

En fin, la historia de la creacion, tal como ha sido hecha por Moises, nos descubre este gran secreto de la verdadera filosofía, que solo en Dios reside la fecundidad y el poder absoluto. Feliz, sabio, omnipotente, bastándose á sí mismo, obra sin verse precisado á obrar, así como obra sin necesidad ó sin haberlo menester: jamas ni obligado ni embarazado por su materia, de la que él hace lo que quiere, porque él es quien le ha dado por su sola voluntad la esencia de su ser. Por este derecho soberano que reside en él, la muda, la amolda, y la mueve sin trabajo ninguno; todo depende inmediatamente de él; y si, segun el orden establecido en la naturaleza, una cosa depende de la otra, como, por ejemplo, el nacer y el crecer de las plantas del calor del sol, es á causa de que este mismo Dios, que ha hecho todas las partes del universo, ha querido enlazarlas unas con otras, y hacer resplandecer su sabiduría por este maravilloso encañamiento.

Pero cuanto nos enseña la sagrada Escritura acerca de la creacion del universo, no es nada en comparacion de lo que ha dicho acerca de la creacion del hombre.

Hasta llegar á la creacion del hombre Dios lo habia hecho todo con el imperio de su sola palabra: "hágase la luz; estiéndase el firmamento sobre la superficie de las aguas; re-

tírense las aguas; que la tierra quede descubierta y germine; haya grandes luminarias que separen el dia de la noche; salgan las aves y los peces del seno de las aguas; y produzca la tierra los animales segun sus diferentes especies." Pero cuando se trató de crear al hombre, Moises hace usar á Dios un nuevo lenguaje: "hagamos al hombre, dice, á nuestra imagen y semejanza."

Ya no usa aquí Dios de aquella palabra imperiosa y dominante de que usó para las demas obras de la creacion; usa de una palabra mas suave, aunque no menos eficaz. Dios tiene un consejo consigo mismo; Dios se escita á sí mismo, como para hacernos ver que la obra que va á emprender sobrepaja en excelencia á todas las obras que hasta entonces habia hecho.

Hagamos al hombre. Dios habla consigo mismo; al hablar consigo mismo, habla ó consulta con uno que tiene el mismo poder que él, con uno de quien el hombre es la criatura y la imagen; habla con otro él; habla con aquel por quien han sido hechas todas las cosas, con aquel que dice en su evangelio: "Todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo." Hablando á su Hijo ó con su Hijo, habla al mismo tiempo con el Espíritu omnipotente, igual y coeterno con el uno y con el otro.

Es esta una cosa inaudita en todo el lenguaje de la Escritura, que otro que Dios haya hablado de sí mismo en número plural; *hagamos*. El mismo Dios en la Escritura no habla de esta manera sino solo dos ó tres veces, y precisamente empieza á usar de este lenguaje extraordinario cuando se trata de criar al hombre.

Cuando Dios varía de lenguaje, y en alguna manera de conducta, no es que en sí mismo varíe ó mude; sino que quiere mostrarnos por este medio que va á comenzar, con arreglo á sus eternos decretos, un nuevo orden de cosas.

Así es que el hombre, elevado á una esfera tan superior á todas las demas criaturas cuya generacion nos ha descrito Moises, es producido de una manera enteramente nueva. Por aqui empieza á declararse el misterio de la Trinidad, haciendo á la criatura racional, cuyas operaciones intelectuales son una imperfecta imagen de aquellas eternas operaciones por las cuales Dios es fecundo en sí mismo.

La palabra de consejo, de que Dios se sirve, da á conocer que la criatura que va á ser formada, es la única que puede obrar con consejo y con inteligencia. Todo lo demas no es menos extraordinario. Hasta aquí no habíamos visto, en la historia del Génesis, el dedo de Dios puesto sobre una materia corruptible. Pa-

ra formar el cuerpo del hombre toma él mismo un poco de barro; y amasándolo, por valeros de esta espresion, con su propia mano, dale la mas hermosa figura que ha aparecido en el mundo. El hombre es de figura recta, tiene la cabeza elevada, sus miradas se dirigen al cielo; y esta conformacion, que le es á él peculiar, le dá una idea de su origen y del punto á donde debe dirigir sus miras.

Esta particular atencion que aparece en Dios cuando forma al hombre, nos manifiesta que tiene á éste una consideracion particular, no obstante que por otra parte todo sea inmediatamente dirigido por su sabiduria.

Pero la manera con que cria el alma es mucho mas maravillosa; no la saca de la materia; inspírala desde lo alto; es un soplo de vida que nace de él mismo.

Cuando crió á los animales, dijo: "produzca el agua los peces;" y creó de esta manera los monstruos marinos, y todo ser viviente y moviente que debia ocupar el espacio de las aguas. Dijo tambien: "produzca la tierra toda alma viviente, los cuadrúpedos, y los reptiles."

Así es como debian nacer estos seres que reciben su existencia de una vida bruta y bestial, á quienes Dios no da por toda accion mas que movimientos dependientes del cuerpo. Dios les saca del seno de las aguas y de la tierra;

pero esta alma, cuya vida debia ser una imitacion de la suya, que debia vivir como él de razon y de inteligencia, que debia estarle unida contemplándole y amándole, y que por esta razon habia sido creada á su imagen, no podia ser sacada de la materia. Dios, modelando la materia, puede bien formar un hermoso cuerpo; pero de cualquier manera que le forme y le dé figura, jamas se encontrará en él su imágen ni su semejanza. El alma hecha á su imágen, y que puede ser feliz poseyéndole, debe ser producida por una nueva creacion: debe proceder de lo alto; y es lo que significa *este soplo de vida* que Dios inspira de su boca.

Recordémonos de que Moises propone á los hombres carnales las verdades puras é intelectuales por medio de imágenes sensibles: por lo que no hemos de creer que Dios sople de la manera que soplan los animales: ni tampoco que nuestra alma sea un aire sutil ni un vapor finísimo. El soplo que Dios inspira, y que lleva en sí mismo su imagen, no es ni aire ni vapor. Ni tampoco hemos de creer que sea nuestra alma una porcion de la naturaleza divina, como lo han soñado algunos filósofos. Dios no es un todo que pueda dividirse: porque aun cuando tuviese partes, estas no habrian sido creadas; porque el Criador, el ser increado, no podria ser compuesto de criatu-

ras. El alma es criada, y de tal manera, que nada tiene de la naturaleza divina: sino que es solo una cosa formada á la imágen y semejanza de la naturaleza divina; una cosa que debe permanecer siempre unida al que la ha formado: esto es lo que quiere decir este soplo divino; y es lo que nos representa este espíritu de vida.

He aqui pues al hombre formado. Dios forma tambien de él la compañera con quien quiere asociarle. Todos los hombres nacen de un solo matrimonio, á fin de que, por dispersos y multiplicados que se encuentren, sean para siempre una sola y una misma familia.

Formados así nuestros primeros padres, fueron colocados en aquel jardin delicioso, conocido por el nombre de paraíso; era un deber que Dios habia contraído consigo mismo hacer á su imagen feliz.

Dale un precepto al hombre para hacerle sentir y reconocer su dependencia; un precepto anejo á una cosa sensible, en razon de que el hombre habia sido formado con sentidos; un precepto fácil, porque queria que tuviera una vida cómoda en tanto que fuese inocente.

No guarda el hombre un mandamiento de tan fácil observancia; presta oídos al espíritu tentador; escúchase á sí mismo, en vez de escuchar únicamente á Dios; su perdicion es in-